

cieron, sería inútil querer hacer que las comprendiesen; porque heridos en el corazón por el mal de la época, solo han tenido la suerte de ver sobre la Iglesia católica mexicana el triste cumplimiento de aquel vaticinio de un Profeta: "Viéronla sus enemigos y mofáronse de sus solemnidades." [Jerem. I. 7].

Hemos transcrito algunos de los monumentos histórico-legales en que nuestros mayores consignaron su creencia, su piedad y su culto en cuanto á Jesucristo Sacramentado. La misma legislación existiría hoy, según la fé, piedad y culto del pueblo mexicano, si un espíritu de vértigo revolucionario no hubiera con su impura baba, borrado de nuestra historia y legislación, páginas tan bellas como éstas.

"Art. 1.º La religion de la nueva España es y será la Católica, Apostólica, Romana, sin tolerancia de otra alguna.—Art. 16. Se formará un ejército protector que se denominará de las tres garantías, porque bajo su protección tomará: lo primero, la conservación de la religion católica, apostólica, romana, cooperando de todos los modos que estén á su alcance, para que no haya mezcla alguna de otra secta, y se ataquen oportunamente los enemigos que puedan dañarla...." [Plan de Iguala.]

"La Nacion mexicana, una, soberana é independiente como hasta aqui, no profesa otra religion que la católica, apostólica, romana, ni tolera el ejercicio de otra alguna." (Bases constitucionales, art. 1.º)

"Quedan vigentes por libre voluntad de la Nacion, las tres garantías de religion, independencia y union." (Supremo decreto de 8 de Junio de 1823.)

"En el nombre de Dios Todopoderoso, Autor y Supremo Legislador de la Sociedad, el congreso general constituyente de la nacion mexicana, en desempeño de los deberes que le han impuesto sus comitentes, para fijar su independencia política, establecer y afirmar su libertad, y promover su prosperidad y gloria, decreta lo siguiente:

"Art. 3.º La religion de la nacion mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica romana. La nacion protege por leyes sábias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra. (Constitucion de 1824.)

"6.º La nacion profesa y protege la religion católica, apostólica, romana, con exclusion de cualquiera otra." (Bases orgánicas de 1843.)

Se necesita un esfuerzo superior para per-

manecer impasible, después de haber evocado tales recuerdos. Pero también los hijos de Israel se consolaban de sus infortunios, recordando bajo los sauces de Babilonia las glorias de la patria perdida y las fiestas del templo profanado. "Los recuerdos son la yedra de una felicidad arruinada," escribió una mujer ilustre: y nosotros añadimos por nuestra cuenta que: los recuerdos son la yedra que oculta á los ojos del pasajero las sabandijas repugnantes que hacen su domicilio de las ruinas de los monumentos más grandiosos. No faltará quien nos haga cargos por nuestro inútil empeño en remover escombros de un edificio que, al fin y al cabo, sería una insensatez soñar siquiera el restaurar. Sea, en buena hora. Pero la verdad es que no faltan soñadores que remueven todavía los escombros de Balbek, siquiera no sea más que para comparar los liliputienses de ogaño con los gigantes de antaño: los colosales monumentos del Líbano, con las ciudades de carton de las colonias de los filibusteros.

Pero lo cierto es que aun hoy día hay quienes, ya obligados por la fuerza de los hechos, hagan justicia á los legisladores de otros tiempos que hacían del santo Nombre de Dios su blason más preciado, al compararlos con los que hacen alarde impudente de la negacion y supresion oficial de Dios. Porque saben, que del legislador creyente en Dios se puede esperar que crea también en la justicia, y en la moral, y en los derechos del hombre; pero que del mandarin increyente, solo debe esperarse que tome por justicia la conveniencia; que sustituya la moral con apariencias de legalidad, y que supedite los derechos de los hombres y de los pueblos á los intereses bastardos de su yo individual.

¿Se nos acriminará á los católicos porque, de vez en cuando, hagamos tristes excursiones entre las ruinas de la casa que se nos han echado encima? ¡Q ué se nos permita, á lo menos, recojer de entre las ruinas, los restos del fuego sagrado que alimentábamos en nuestro hogar; en ese hogar querido con cuyos escombros se trata de levantar la casa del vecino.....!

III.

Algunas palabras á nuestros hermanos extraviados.

Ante todo hacemos constar que, por fortu-

na nuestra, no conocemos individualmente á ninguno de los protestantes asalariados, que venidos de otra parte, se dicen misioneros en México: tampoco conocemos personalmente á ninguno de nuestros hermanos que han tenido la debilidad de apostatar del Catolicismo. Así es que, nadie tendría razon, si en lo que vamos á decir, se empeñara en ver alusiones personales. Nos proponemos hablar sobre hechos y sobre doctrinas, sin tomar en consideracion personalidad ninguna.

1.º El estado actual del protestantismo, saturado de indiferentismo y racionalismo, es una disolucion tal, que en él no puede decirse que existe una ni muchas Iglesias. La existencia de una iglesia, presupone la existencia y admision de un símbolo comun: la adopcion de un símbolo ó credo comun, presupone una autoridad que lo conserve, lo proponga y lo imponga. Mas esta autoridad, no existe ni existir puede en el protestantismo; porque su esencia consiste en la negacion de toda autoridad docente; en la proclamacion más lata de la absoluta independencia del juicio individual en religion.

2.º De donde procede que, las negaciones y los errores en el protestantismo se han multiplicado, desde su origen hasta lo infinito. En el principio, pudieron numerarse fácilmente los puntos de doctrina sobre que los protestantes suscitaban controversia; pero las querellas y disputas entre Lutero y Zuinglio, Carlostadio y Calvino, Melancton y Ecolampadio, multiplicaron las ramificaciones del error y de las opiniones privadas, en términos que, aun antes de la muerte de los patriarcas de la reforma, sus secuaces ya no se entendían entre sí poco ni mucho. Desde entonces el error tiene lógica, la que de un abismo llama á otro abismo, ha venido arrastrando las cosas á tal grado de confusion y caos, que ha obligado á los mismos protestantes á hacer confesiones como esta: "Yo escribiría sobre la uña de mi dedo pulgar todo lo que ha quedado de dogma generalmente creído en la iglesia protestante." [Nicolas Harms.]

3.º Si esto sucede en materia de creencias, no hay que buscar algo mejor en materia de moral. Ya desde el principio, el mismo Lutero se lamentaba de los grandes desórdenes y corrupcion que siguieron inmediatamente al nacimiento de la reforma; y varios otros de los corifeos se quejaron de lo mismo. Pero no tuvieron la franqueza de confesar que, el tor-

rente de inmoralidad que se desbordaba, tenía por fuente los mismos principios que ellos habían establecido. Porque, en efecto, la doctrina que admite un fatalismo ciego sobre la predestinacion del hombre, que mata el libre albedrío; que pone en tela de juicio las operaciones de la gracia divina; que declara suficiente la fé sin necesidad de buenas obras para salvarse; esta doctrina no puede menos de corromper á la sociedad y dar lugar á aberraciones morales inauditas. El protestantismo conservará hombres honrados civilmente; [ya se sabe lo que ellos valen] pero no formará hombres virtuosos en sentido cristiano; ni menos producirá santos.

4.º El protestantismo, al proscribir el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, ha apagado insensatamente el fuego sagrado del templo; ha suprimido el dogma engendrador de toda piedad; ha aniquilado el germen del heroísmo cristiano, que consiste en la abnegacion de sí mismo, llevada á una altura que podría decirse divina. En el protestantismo habrá ceremonias, quedarán ritos, se guardarán tales ó cuales formas de convencion y de conveniencia; pero jamás habrá verdadera piedad cristiana, porque jamás habrá verdadero amor: ese amor sobrehumano que solo se siente bajo las bóvedas del templo católico, que solo se aspira al pie del tabernáculo de Aquel que dijo: "Que nadie tiene amor más grande que el que dá su vida por sus amigos." (Juan. XV. 13.) Ese amor solo se bebe en la fé del Sacramento.

5.º El protestantismo, al destruir el sacerdocio, ha suprimido la gracia sobrenatural que el sacramento del orden comunica para el ejercicio del ministerio sagrado; gracia que dá al sacerdocio católico esa *unction* que comunica á los fieles que escuchan de su boca la palabra divina, y que reciben con su bendicion, la bendicion de Jesucristo. El protestantismo tiene ministros; es decir, oficiales con un carácter más ó menos público, destinados á ejercer tales ó cuales funciones de reglamento, que desempeñarán con más ó menos decoro civil; pero carece de sacerdotes; es decir, de hombres consagrados á Dios y consagrados por Dios, que lleven sobre su cabeza un carácter indeleble, y entre sus manos una potestad recibida de lo alto, en cuya virtud puedan decir á todo paralítico con una palabra omnipotente: "Levántate, toma tu lecho y vete á tu casa." [Mat. IX. 6.]

6.º El protestantismo, al destrozarse el Cuerpo visible de Jesucristo; es decir, al romper la unidad de su Iglesia separándose de su seno, ha roto asimismo aquella cadena de trasmisión de toda potestad que, descendiendo del Padre, fué comunicada al Hijo, y por él transmitida á los apóstoles y sus sucesores. Así es que, los dogmatizadores de toda secta, aislados del centro de la unidad en que permanece la acción incesante del Paráclito, han quedado reducidos, según la expresión de San Pablo, aun cuando hablen todas las lenguas, á un metal que suena ó campana que retiñe. (I. Cor. XIII. 1.) Los peroradores protestantes son predicadores sin misión competente: serán enviados por una sociedad bíblica, por un consistorio ó un símbolo de alguna de sus mil sectas, por un club de filibusteros ó por una logia masónica; pero no son enviados por aquellos que recibieron de Jesucristo el mandato de evangelizar. A los apóstoles y sus sucesores, que no á los sectarios, fué á quienes dijo Jesucristo: "Id por todo el mundo predicando el Evangelio á todas las criaturas." (Mar. XIV. 15.) "Yo soy el que os ha elegido á vosotros y destinado para que vayáis por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero." (Juan. XV. 16.) "El que os escuche á vosotros me escucha á mí; y el que os desprecie á vosotros á mí me desprecia. Y quien á mí desprecia, desprecia á aquel que me ha enviado." (Luc. X. 16.) "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador y abogado, para que esté con vosotros eternamente. A saber, el Espíritu de verdad." (Juan. XIV. 16. 17.) Los sucesores legítimos de los enviados á quienes tales palabras fueron dichas, son los obispos de la Iglesia de Dios: "Velad entre vosotros y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para apacentar ó gobernar la Iglesia de Dios, que ha ganado él con su propia sangre." (Act. XX. 28.) ¿Y qué tienen de común con los apóstoles ni con sus sucesores legítimos, unos misioneros asalariados, que vienen entre nosotros no á cristianizar, sino á descatolizar; no á conquistar adeptos para doctrinas en que no creen, sino á arrebatarse sus hijos á la Iglesia católica, á quien aborrecen; no á evangelizar, sino á seducir y corromper; no á convencer con la palabra recibida de lo alto, sino á comprar apostasias con el dinero recibido de sus comitentes?

7.º Hay más. El protestantismo, al rom-

per la unidad católica y negar el principio de autoridad en el orden religioso, se puso en camino lógico de negar el mismo principio de autoridad en el orden político y social. Porque no hay duda en que, siendo la magistratura pública una especie de sacerdocio de la ley, cuando se pensó tener razón para derrocar al pontífice de la religión, se imaginó tener la misma para atacar al sacerdote de la ley. Por esto, en pos de la reforma protestante vino en Alemania la sangrienta guerra de los paisanos; y en Francia los espantosos trastornos de los hugonotes; y en Inglaterra el asesinato de Carlos I; y otra vez en Francia, transformado el protestantismo en filosofismo, la revolución con el cadalso de Luis XVI, y los horrores del 93; y ese satánico *delirium tremens*, resultado de la embriaguez de sangre, que solo pudo curar un grande azote de Dios, el Atila del siglo XIX. Mirabeau, ese tráfuga de la nobleza y de la religión francesa, decía: "Si queréis una revolución, es preciso comenzar por descatolizar la Francia." Y en época reciente un hombre muy capaz en la materia, nos dió del protestantismo á este respecto la siguiente noticia: "El protestantismo está basado sobre un principio estrecho: lleva consigo el abuso del individualismo y la negación de toda autoridad. Subdivídese en mil sectas, fundadas todas sobre los derechos de la conciencia individual, todas encarnizadas en hacerse la guerra, perpetuando la anarquía de las creencias, verdadera y única fuente de la discordia que trabaja social y políticamente á Europa." (Mazzini) Tenemos, pues, que el desarrollo del protestantismo entre nosotros, ó el espíritu revolucionario que nos viene dominando desde muchos años, sino la completa disolución social, será lo que más tarde ó más temprano nos haga apurar; disolución social con la cual vendrá la pérdida de la autonomía nacional y la extinción completa de nuestra raza.

8.º Aun más todavía. El protestantismo, animado desde en su cuna de un odio encarnizado contra la Iglesia católica, romana, se desentendió no solo de la ciencia, sino aun de la historia, para atacar á ciegas á una Institución que tenía en su abono la tradición de quince siglos. Así es que no se han avergonzado los sectarios, durante tres siglos, de calumniar al catolicismo en sus dogmas, en su moral y en su culto, sin conocer de él ni lo que entre los católicos saben

los niños de las escuelas. Y esta manía de calumniar, que es uno de sus medios más activos de propaganda, es también lo que ha sostenido entre ellos esa ignorancia que, si no excusa ni legítima, á lo menos explica su audacia para mentir sin empacho y sin vergüenza. Este desconocimiento absoluto del catolicismo es confesado por los protestantes mismos. Uno de ellos dijo que no se había decidido á la publicación de su *Simbólica* mas que por "la profunda y lamentable ignorancia, no solamente de los legos protestantes, sino también de ciertos teólogos y canonistas respecto del catolicismo, y por la manera absurda con que se le desnaturaliza." (Marcheigne.) Tenemos noticia de cierto protestante que, apóstata del catolicismo, llegó muy pronto á ser obispo de su secta. Este, aunque nacido católico, nunca supo del catolicismo mas que lo que le fué enseñado en su educación primaria. Y sin embargo, llegó á ser obispo; es decir, llegó á encontrarse en una posición, que en un país católico debía ser conquistar apóstatas, refutando victoriosamente al catolicismo. ¿Más cómo refutarlo si no lo conocía? En esto consiste la habilidad de los propagandistas de las sectas. Y si tal sucedió con un obispo, y éste nacido en el catolicismo, ¿qué sucederá con tantos ministros de pacotilla, nacidos en cualquiera de las mil sectas disidentes, ó tal vez en ninguna; educados acaso en un taller ó en una tienda; y sin otro estímulo en su misión que el sueldo mensual que cobran? ¿Con qué fondo de ciencia, con qué caudal de elocuencia, con qué tesoro de unción convencerán á sus adeptos, contra la prescripción de dieinueve siglos, de que el protestantismo y no el catolicismo es la verdadera religión de Jesucristo?

9.º Esta es eminentemente práctica; y así como dá al espíritu, desde la leche de los párvulos hasta el pap sólido de los fuertes, así demanda del corazón, desde el cumplimiento del precepto que á todos obliga, hasta la práctica del consejo que no es un don de todos, según la expresión de S. Pablo; y lo demanda según la medida de la aptitud de cada cual. La conservación de este carácter de plenitud y perfección en la vida práctica, solo se encuentra en el catolicismo; porque solo él guarda las enseñanzas del Maestro en cuanto á los consejos del Evangelio. El protestantismo suprimió en absoluto la observancia de esos consejos, y por consiguiente,

aun prescindiendo de sus errores en el dogma, en la vida práctica no enseña el Cristianismo integral. Por consiguiente, no tiene derecho para llamar á nadie á su seno con pretexto de mejoramiento y perfección. En las regiones de la inteligencia no tiene más que la duda, la vacilación hasta la negación completa: en orden al corazón, no tiene que ofrecer más que una fé sin obras, porque estas no son necesarias; es decir, una fé sin caridad, que es la vida única del corazón cristiano. Los protestantes mismos, obligados por la fuerza de la verdad, se han visto precisados á confesar lo poco que valen sus conquistas en el campo católico, y lo nada que honra á los tráfugas su apostasía. Uno de ellos dijo que: "el protestantismo es el albañal del catolicismo: cuando el papa escarda su jardín, arroja la mala yerba por encima de nuestros muros." Otro escribió: "el pasar de la Iglesia á una secta se hace con harta frecuencia por el camino de los vicios; y el pasar de una secta á la Iglesia, se hace siempre por el camino de las virtudes." No aplicaremos nosotros estos conceptos á nuestros hermanos extraviados; pero si les diremos, con una convicción profunda, que: el mejor protestante, pasando al catolicismo se mejora todavía más; y el peor de los católicos, pasando al protestantismo empeora mucho mas.

10.º Es necesario hablar claro. Los esfuerzos y arterias del protestantismo, entre nosotros no son en realidad una empresa religiosa, una propaganda de secta. Si esto fuera, regiones existen por los cuatro vientos, que yacen en las sombras del paganismo, y donde sería meritorio sembrar la semilla del Evangelio: aun en los dominios de la Casa Blanca pueden quedar todavía algunos restos de tribus idólatras, escapados al rifle del squatter, mas salvaje que los mismos bárbaros, á quienes podían los misioneros poner á salvo de la *civilización á balazos*, y este celo les sería imputado á justicia. Pero, no: los misioneros protestantes entre nosotros, son la vanguardia de ese racionalismo brutal que avanza invadiendo al mundo entero. Ese racionalismo que ha invadido ya nuestras escuelas públicas, y que ahora trata de infiltrarse en las masas, no se atreve á presentarse de frente y á pecho descubierto á combatir al catolicismo; es tan soez, tan brutal, es tanta la crudeza de sus formas, que necesita cubrirse de una máscara cualquiera para ir ganando terreno y avanzando sin causar es-

panto. Necesita abrir paralelas á distancia conveniente para preparar su asalto; y para esta operacion pone á soldada como sus zapadores al socialismo; al comunismo, á la masoneria, al espiritismo, al protestantismo y á toda entidad que con una tea encendida, con una hacha ó una barreta progresista se preste á ir por delante. A todos convoca, á todos admite, á todos estimula. ¿Qué importa el medio si, al fin y al cabo, todo apunta al hito? Quinet ha escrito que: "para descristianizar á la Europa es menester protestantizarla. Las mil sectas protestantes constituyen otras tantas puertas abiertas, por cada una de las cuales se puede salir del cristianismo." Y bien, ¿quién es el católico desnaturalizado que con sabiduría y conciencia de lo que se trata, se preste á cooperar á esta satánica empresa, en que no se atrevieron á soñar ni Lutero, ni Calvino, ni alguno otro de los corifeos de la reforma? Seriamos injustos con nuestros hermanos extraviados, si creyéramos que ni de lejos les han pasado por las mentes las espantosas trascendencias de su apostasía del catolicismo.

Despues de las consideraciones que hemos expuesto brevemente en los diez párrafos anteriores, séanos permitido concluir dirigiendo á esos mismos hermanos que llamamos extraviados, pero que no creemos corrompidos, las siguientes interpelaciones:

¿Qué habeis ido á buscar en un sistema de doctrinas, que no se reduce, en último término, mas que á la negacion de todo lo que no afirma el juicio individual, que cambia como el agua que corre y como el viento que pasa?

¿Qué pretendeis hallar en una enseñanza que mata en su germen todas las virtudes: la fé por el espíritu privado, la esperanza por el fatalismo, la caridad con la inutilidad de las buenas obras?

¿Qué habeis encontrado en las heladas regiones de la negacion soberbia, de la cobardez, de la insensata independencia de Cristo en su Iglesia, que pueda sustituir dignamente al fuego vivificador que en vuestra

casa teniais; lumbre que ha inmortalizado á tantos millones de héroes del Cristianismo?

¿Por qué prestais oidos á las palabras profanas y engañosas, de hombres que no cuentan con la unction y con la gracia del Espíritu de verdad?

¿Por qué habeis sucumbido á las seducciones de tales apóstoles, de misioneros sin mision; ó que si la tienen, es una mision de negociantes?

¿Por qué os afiliáis bajo de unas banderas que, así legitiman vuestra sublevacion contra la Iglesia, como legitimarán mañana vuestra insurreccion contra todo poder constituido?

¿Por qué os ateneis cándidamente á la predicacion de unos hombres que no conocen, no ya el espíritu, pero ni la letra del principio contra el cual os han hecho rebelaros?

¿Por qué os habeis puesto en condicion de que, los mismos que os seducen os califiquen como la hez, como la mala yerba de la Iglesia de que habeis renegado?

¿Por qué aceptais la responsabilidad de que algun dia, aquí abajo ó allá arriba, se os haga cargo de la conjuracion en que habeis tomado parte; no solo contra el catolicismo, sino contra el cristianismo; no solo contra la Iglesia, sino tal vez aun contra la Patria? Sí, contra la Patria, ya está dicho. Porque nosotros vemos en los mexicanos apóstatas, no solo unos malos cristianos, sino tambien unos malos mexicanos. Ya llegará la vez de que nuestros asertos queden justificados; y plegue á Dios que los tiempos no se abrevien mas de lo que pensamos, arrastrados por los acontecimientos que se precipitan.

Entretanto, no olvidemos el pensamiento profundo que encierran las siguientes palabras que tomamos de un escritor ilustre: "La Patria es lo pasado, guardado por lo presente y legado al porvenir. Esta generacion viva que vela sobre las generaciones muertas y que dicen á las que deben seguir: Amad lo que hemos amado, honrad lo que hemos honrado, y que nuestro Dios sea para siempre el vuestro. El pueblo que ama el cambio, ¿ama acaso la Patria? Yo no lo creo: El hombre que trastorna la casa paterna, y que para vivir á su gusto desacomoda la tumba de su madre, no es un hijo respetuoso." (Walsh.)

Tacubaya, Mayo de 1883.

UN CATOLICO.

COLECCION

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4. Guadalajara, Julio 22 de 1883. Num. 14.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

Por Orden Superior tenemos la satisfaccion de publicar, traducida del latin, la Carta de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII, dirigida al Illmo. Sr. Arzobispo de México, y por su medio á los Illmos. Sres. Arzobispos de Michoacan y Guadalajara, con ocasion del donativo llamado del Obolo, colectado en sus respectivas Diócesis y presentado á su Santidad por los tres colectivamente.

Hé aquí la carta:

LEO PP. XIII.

Venerabilis Frater: salutem et Apostolicam Benedictionem.

Quae jampridem a Nobis concepta fuerat opinio de eximio tuo in hanc Apostolicam Sedem obsequio et egregia in Nos voluntate, vehementer confirmata est ex lectione litterarum, quas Nobis sextum Pontificatus annum auspiciantibus gratulans conscripsisti. Nova autem accessit gratia his officiis

LEON PAPA XIII.

Venerable Hermano: Salud y Apostólica Bendicion.

La opinion que Nos, hace tiempo, habiamos concebido de tu insigne obediencia á esta Sede Apostólica y de tu excelente voluntad hácia Nos, ha sido vehementemente confirmada por la lectura de la carta que escribiste congratulándote y deseando á Nos felicidad en el sexto año del Pontificado que hemos